

CAPÍTULO XV

Paulo Emilio.

Estas aclamaciones, aunque sinceras, asustaron al príncipe.

— ¡Oh! silencio, silencio, caballeros, dijo; os alegráis más que yo mismo de mi propia felicidad. Celebro á la verdad muchísimo el no haber muerto, y aun deseo también que lo creáis así, y sin embargo, á no haberme reconocido vosotros no hubiera sido yo el primero en vanagloriarme de la fortuna que he tenido.

— ¡Cómo! monseñor, dijo Enrique, ¡me habéis reconocido, estabais entre franceses, nos veíais desesperados por vuestra pérdida, y con todo, nos condenabais al dolor de lloraros!

— Caballeros, respondió el príncipe, además de una multitud de razones que me obligaban á no darme á conocer, confieso, que una vez que todos me creían ya muerto, no me hubiera pesado el aprovechar esta ocasión, que acaso no volverá á presentarse, de oír la oración fúnebre que se pronunciará algún día sobre mi sepulcro.

— ¡Monseñor! ¡Monseñor!

— Lo que os digo, señores; yo soy como Alejandro de Macedonia: hago la guerra con arte, y semejante á todos los artistas, tengo mucho amor propio. Pues bien, digo sin vanidad que creo haber cometido una falta.

— Monseñor, repuso Enrique bajando la vista, no digáis esas cosas.

— ¿Por qué no? Solo el papa es infalible, y aun se discute mucho acerca de esto desde que murió Bonifacio VIII.

— Ved, monseñor, á lo que nos exponéis si alguno de nosotros se hubiese atrevido á juzgar la expedición y la hubiera juzgado censurándola.

— ¿Y qué? ¿Se os figura que yo no me he criticado ya bastante, no por haber arriesgado la batalla, sino por haberla perdido?

— Monseñor, esa bondad nos hace estremecer, y V. A. debe permitirme le diga que esa alegría no es natural. Tened la bondad de tranquilizarnos asegurándonos que no padecéis.

Una nube terrible oscureció la frente del príncipe, velando aquella frente, ya tan fatal, con un crespón siniestro.

— No, contestó al punto, nunca he disfrutado, á

Dios gracias, mejor salud, y me hallo perfectamente en medio de vosotros.

Los oficiales se inclinaron en señal de gratitud.

— ¿Qué gente tenéis á vuestras órdenes, conde Du Bouchage? preguntó el duque.

— Ciento cincuenta hombres, monseñor.

— ¡Ah! ¡ah! Ciento cincuenta de doce mil: es la proporción del desastre de Cannas: enviarán á Amberes nuestros contrarios una fanega de sortijas vuestras, pero dudo que las hermosuras flamencas puedan usarlas si antes no se adelgazaban los dedos con las dagas de sus maridos. Á propósito, señores, no cortaban mal aquellas dagas.

— Monseñor, replicó Joyeuse, si nuestra batalla puede compararse á la de Cannas, somos al menos mucho más dichosos que los romanos, supuesto que hemos conservado á nuestro Paulo Emilio.

— Á fé mía, señores, contestó el duque, el Paulo Emilio de Amberes es Joyeuse, el almirante, quien sin duda por asemejarse completamente á su heroico modelo habrá muerto, ¿no es esto, Du Bouchage?

Enrique sintió helarsele el corazón al oír tan fría é impasible pregunta.

— No, monseñor, dijo; vive.

— ¡Hola! tanto mejor, añadió el príncipe con su glacial sonrisa. ¡Cómo! ¿Nuestro intrépido almirante ha sobrevivido? ¿En dónde está? Quiero abrazarle.

— No se halla con nosotros, monseñor.

— ¡Ah! ya comprendo, herido.....

— No, monseñor, está bueno enteramente.

— Sí, pero andará como yo, fugitivo, asustado, muerto de hambre y de vergüenza. ¡Pobres gue-

rreros! ¡Ah! Con razón se dice: para la gloria la espada, después de la espada, sangre, después de la sangre, lágrimas.

— Monseñor, yo ignoraba hasta ahora ese dicho, pero á pesar de su autenticidad, tengo el gusto de anunciar á V. A. que mi hermano ha conseguido salvar tres mil hombres, con los cuales ocupa una fuerte posición, á siete leguas de aquí, de modo que la fuerza que está á mis órdenes es una descubierta del almirante.

El duque se puso pálido al oír esto.

— ¡Tres mil hombres! exclamó. ¿Conque Joyeuse ha tenido la fortuna de salvar tres mil hombres? ¡Oh! Vuestro hermano es un Xenofonte. ¡Vive Dios, que mi hermano ha obrado cuerdateamente al enviarme el tuyo, pues á no ser así hubiera vuelto yo solo á Francia! ¡Viva Joyeuse! ¿De qué demonios sirve la casa de Valois? No será ésta por cierto la que pueda nunca usar como divisa la palabra *Hilariter*.

— ¡Monseñor! ¡Monseñor! murmuró Du Bouchage irritado por el dolor, pues demasiado había llegado á notar que la alegría del príncipe ocultaba una ponzoñosa envidia.

— Juro á Dios por mi alma, que digo la verdad. ¿No es esto, Aurilly? Quiere decir que volveremos á Francia en un estado semejante al de Francisco I después de la batalla de Pavía. Todo se ha perdido, más el honor. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Por fin ya he encontrado la verdadera divisa de la casa de Francia.

Un silencio sombrío acogió estas palabras desgarradoras, como si fuesen sollozos.

— Monseñor, dijo Enrique, referidnos de qué

modo ha salvado á V. A. el dios tutelar de la Francia.

— La cosa es muy sencilla, querido conde; el dios tutelar de la Francia estaba sin duda ocupado en aquel momento en cosas de mayor importancia, de modo que he tenido que salvarme yo mismo.

— ¿Y cómo, monseñor?

— A uña de caballo.

Ninguna sonrisa acogió esta broma, que tal vez el duque hubiera castigado con la muerte si á otro se le hubiese escapado.

— No digo más que lo que ha sucedido, añadió con el mayor descaro. ¡Qué bien corriamos, Aurilly! ¿Te acuerdas?

— Todos los presentes, repuso Enrique, conocen el valor y el genio militar de V. A.; os ruego, pues, monseñor, que no destrocéis nuestros corazones atribuyéndoos faltas que no habéis cometido. El mejor general puede ser vencido alguna vez, y Anibal quedó derrotado en Zama.

— Si, sí, contestó el duque, pero Anibal había ganado las batallas de la Trebia, de Trasimena, y de Cannas, al paso que yo solo puedo hablar de la de Chateau-Cambresis, que no puede sostener la comparación con ellas.

— Pero, monseñor, estoy seguro de que queréis chancearos cuando decís que habéis huído.

— ¡Ira de Dios! Os juro que no es broma. ¿Es la cosa para chancearse, conde Du Bouchage?

— ¿Se podía hacer otra cosa, señor conde? añadió Aurilly conociendo que ya era tiempo de acudir al auxilio de su amo.

— Calla, Aurilly, dijo el duque, y pregunta á la sombra de Saint-Aignan si no se podía hacer más que huir.

Aurilly bajó la cabeza.

— ¡Ah! Vosotros no sabéis la historia de Saint-Aignan, y os la voy á referir, porque puede dividirse en tres muecas.

Al oír esta nueva bufonada, que en semejantes circunstancias no dejaba de ser odiosa, los oficiales arrugaron las cejas sin cuidarse de si podían ó no incomodar al príncipe.

— Imaginaos, señores, prosiguió éste sin hacer caso de aquellas señales de desaprobación, que era el momento en que la batalla se hallaba perdida: el conde reunió quinientos caballos, y en lugar de retirarse como los demás, se acercó á mí y me dijo:

— Monseñor, es preciso cargar.

— ¿Qué es eso de cargar? le respondí. ¿Estáis loco, Saint-Aignan? ¿No veis que son ciento contra uno?

— Aunque sean mil, me replicó haciendo una mueca horrible, voy á cargar.

— Cargad, pues, querido mío, haced lo que gustéis, le contesté: por mi parte no pienso obrar así.

— Eso quiere decir, monseñor, que me dejaréis vuestro caballo, que apenas puede andar, y llevaréis el mío, que es de fresco, pues como yo no quiero huir, todos los caballos son buenos para mí.

En efecto, montó en mi caballo blanco y me dió el suyo negro, diciendo:

— Príncipe, lleváis un corcel que correrá veinte leguas en cuatro horas, si queréis.

Y volviéndose hacia su gente, añadió :

— Vamos, valientes, siganme los que no quieran volver grupas al enemigo.

Y se precipitó en la pelea, haciendo otra mueca más horrible que la primera. El pobre diablo creía habérselas con hombres de carne y hueso, y se encontró con la inundación. Por mi parte había previsto lo que iba á suceder, pero Saint-Aignan y sus guerreros se llevaron un solemne chasco. Si me hubiera obedecido, en vez de volver al combate, le tendríamos sentado á esta mesa, y no haría á estas horas su tercera mueca, que sin duda debe ser mucho más fea y repugnante que las dos primeras.

Todos los oficiales se estremecieron de horror.

— Este miserable no tiene corazón, murmuró Enrique entre dientes. ¡ Oh ! ¿ Por qué le protegen hoy su desgracia, su vergüenza, y sobre todo su nacimiento, contra las faltas que pudieran echársele en cara ?

— Señores, dijo en voz baja Aurilly, que conoció el terrible efecto que debían producir las palabras del príncipe en aquella reunión de valientes, ya veis que monseñor se halla afectado, y que no debéis entender al pie de la letra sus palabras. Después de la desgracia que ha experimentado, se me figura que en efecto deliró algunas veces.

— He ahí, repuso el príncipe vaciando su vaso, la manera con que Saint-Aignan se ha despedido del mundo, y cómo vivo yo : lo cierto es que al morir me ha hecho un señalado servicio, haciendo creer que yo he perecido, supuesto que montaba mi caballo, de modo que se ha esparcido esta noticia, no sólo en

el ejército francés, sino en el flamenco, que por tal causa ha alojado en su persecución; pero tranquilizaos, señores, porque nuestros amigos los flamencos no se chuparán la breva; tendremos la revancha, caballeros, y será sangrienta, os lo juro, pues desde ayer estoy organizando, al mehos mentalmente, el ejército más formidable del mundo.

— Entretanto V. A. se servirá tomar el mando de esta fuerza, pues no me corresponde dar una sola orden donde está un hijo de Francia.

— Acepto, dijo el príncipe, y la primera orden que doy es que todos cenemos, y vos en particular, caballero Du Bouchage, porque todavía no os habéis acercado á vuestro plato.

— Monseñor, no tengo apetito.

— En tal caso, recorred nuestros puestos y anunciad á los jefes que vivo, pidiéndoles al mismo tiempo que no se alegren con demasiado estrépito por la nueva, antes que hayamos ganado otra posición más fuerte ó nos hayamos reunido á las fuerzas de nuestro invencible Joyeuse, porque os confieso que ahora temo ser cogido más que nunca, por lo mismo que me he libertado del fuego y del agua.

— Monseñor, seréis obedecido puntualmente, y nadie sabrá, á excepción de estos señores, que tenemos la dicha de honrarnos con vuestra compañía.

— ¿ Y guardarán estos señores el secreto ? preguntó el duque.

Todos se inclinaron afirmativamente.

— Haced vuestro reconocimiento, conde.

Du Bouchage salió de la sala.

Sólo había necesitado un momento aquel vaga-

bundo, aquel fugitivo, aquel príncipe vencido, para recobrar, como se acaba de ver, todo su orgullo, toda su frivolidad, todo su imperio.

Mandar á cien hombres ó á cien mil todo es mandar, y el duque de Anjou se hubiera portado del mismo modo con Joyeuse. Los príncipes nunca exigen lo que merecen, sino lo que creen que se les debe de derecho.

En tanto que Du Bouchage ejecutaba la orden con la mayor puntualidad, Francisco preguntaba, y lo mismo hacía Aurilly, aquella sombra de su amo, que seguía todos sus movimientos y parodiaba sus acciones.

El duque se admiraba de que un hombre del nombre y del rango de Du Bouchage hubiese consentido en tomar el mando de un destamento tan débil, y encargándose de una expedición tan peligrosa.

Era, en efecto, mando que correspondía á un subalterno y no al hermano de un gran almirante.

El príncipe era inclinado á sospechar de todo, y necesitaba aclarar á toda costa las menores sospechas.

Insistió, pues, en sus preguntas, y supo que al confiar el gran almirante á su hermano el mando del destacamento, no había hecho más que ceder á sus reiteradas súplicas.

El que daba estas noticias al duque, aunque sin mala intención, era el alférez de los gendarmes de Aunis, á quien Du Bouchage había quitado el mando, del mismo modo que éste había tenido que ceder el suyo al príncipe.

Este último había creído notar un sentimiento de

irritabilidad en el corazón del alférez contra Du Bouchage, y por eso procuró dirigirse á él.

— ¿Pero cuál era, le preguntó, la intención del conde al solicitar con tanto empeño tan pobre mando?

— Servir al ejército desde luego, y no puede darse de ello.

— Desde luego, habéis dicho. ¿Y además?

— Monseñor, lo ignoro.

— Ó me engañáis ú os engañáis vos mismo.

— Monseñor, no puedo dar cuenta ni aun á V. A. más de lo que atañe á mi servicio.

— Ya veis, caballeros, si yo hacía bien en permanecer oculto, supuesto que en mi ejército hay secretos que no se me comunican.

— Monseñor, habéis interpretado muy mal mi discreción, pues esos secretos sólo son relativos al conde Du Bouchage. ¿No pudiera suceder, por ejemplo, que sirviendo al interés general haya querido también ser útil á algún pariente ó amigo suyo escoltándole?

— Y quién es ese pariente ó amigo del conde? Vamos, decídmelo para que le abrace.

— Monseñor, repuso Aurilly mezclándose en la conversación con respetuosa franqueza, acabo de descubrir parte del secreto, y vuestra alteza no puede tener motivos de desconfianza. El pariente á quien el conde escolta...

— Acaba, con mil diablos.

— Pues bien, monseñor, es una parienta.

— ¡Ah! ¡ah! exclamó el duque. ¿Por qué no me habéis hablado con franqueza? ¡Ese diablo de Enrique! Vamos, vamos, no hay cosa más natural, y

así, cerremos los ojos en cuanto á la parienta y no hablemos más.

— Y hará bien V. A., añadió Aurilly, porque el negocio es sumamente misterioso.

— ¿Cómo?

— La dama, á la manera que la célebre Bradamante, cuya historia he referido á vuestra alteza muchas veces, anda disfrazada de hombre.

— ¡Oh! por piedad, monseñor: el conde la respeta en alto grado, y tal vez no me perdonará el haber sido indiscreto.

— Bien, bien, caballero, tranquilizaos; seremos mudos como un sepulcro ó como el pobre Saint-Aignan, aunque si llegamos á ver esa dama procuraremos no hacerle muecas. ¡Hola! ¿Conque Enrique trae una parienta con una escolta de gendarmes? ¿En dónde está, Aurilly?

— Arriba.

— ¡Cómo! ¿En esta misma casa?

— Sí, monseñor, pero... silencio, que llega el conde.

— ¡Silencio! repitió el príncipe riéndose á carcajadas.

CAPÍTULO XVI

Un recuerdo del duque de Anjou.

Al volver el joven oyó la funesta carcajada del príncipe, mas no le dió importancia alguna, porque no había vivido en compañía de S. A. el tiempo suficiente para conocer todas las amenazas que encerraba una manifestación alegre del duque de Anjou.

También hubiera podido observar por la turbación de algunas fisonomías, que durante su ausencia el duque había hablado en términos hostiles, y que sólo su regreso había interrumpido la conversación; pero como Enrique no era muy desconfiado, no pudo adivinar de qué se trataba, y por otra parte, nadie era tan amigo suyo que pudiera decírselo en presencia del duque.